

LA DIMENSIÓN METAFÍSICA DE LA GUERRA ACTUAL

Jean Guitton

1. Introducción

Con el título: “*Le Philosophe et la Cité Future*” (El Filósofo y la Ciudad Futura), Jean Guitton¹ pronunciaba el 26 de junio de 1971 una conferencia, en la Escuela de Guerra de Francia, por invitación de los más altos jefes de la Institución.

En esa ocasión la conversación giró básicamente sobre una temática simple de formular: una reflexión desde la perspectiva filosófica del expositor acerca del presente y el porvenir de la historia. Pero la sola enunciación del asunto por tratar, aunque atractiva en sí, no expresa en plenitud la abisalidad y complejidad de las cuestiones antropológico-existenciales que su abordaje encierra, al modo de una caja de Pandora, si no alentamos en nosotros una disposición meditativa, una apertura espiritual para transitar una conversación de intención totalizante y sustantiva -por eso genuinamente filosófica- que excluya, en lo posible, las parcialidades ideológicas y los saberes cristalizados que siempre recortan la realidad y traman velos sobre el porvenir. Con este propósito hemos traducido y comentado aquí aquella conferencia que,

¹ Filósofo, teólogo y exegeta francés nacido en 1901, muerto el domingo 21.03.1999. Heredero espiritual de H. Bergson (1859-1941), puede decirse, si cabe encerrar en una apretada línea sus inquietudes espirituales, filosóficas y artísticas, que su pensamiento es una prolífica reflexión sobre el tiempo y la permanencia de la verdad. Prisionero de guerra durante la Segunda Guerra Mundial, fue profesor de Filosofía y de Historia de la Filosofía en la Sorbona, entre 1955 y 1968. En 1961 fue honrado como miembro de la Academia Francesa. Pionero en la búsqueda ecuménica, fue el único laico que participó, por llamado especial de Juan XXIII, en la primer sesión del Concilio: Pablo VI le solicitó, a su vez, que cerrara la segunda sesión sobre el tema de la unidad, el 03.12.1963. Algunos especialistas han señalado con acierto que la fuente principal de Jean Guitton fue la unión: unión entre perspectivas filosóficas a veces diferentes, como las de Pascal y Leibniz, Renan y Newman; también espacios de unidad entre protestantes y católicos, unión, pero no confusión. Entre sus numerosas obras mencionamos: *Le temps et l'éternité chez Plotin et Saint Augustin* (1933); *Essai sur l'amour humain moderne* (1946); *Pascal et Leibniz* (1961); *La pensée moderne et le catholicisme* (7 vols. 1930-1955); *Justification du temps* (1961); *Regard sur le Concile* (1963); *Journal* (1952-1955); *La dernière heure et autres récits* (1970). Se pueden mencionar algunas de sus obras publicadas en español: *El trabajo intelectual* (Madrid, 1977); *Historia de mi búsqueda* (Barcelona, 1965); *El ensayo sobre el amor humano* (Bs. As., 1968); *Existencia temporal* (Bs. As., 1969); *El pensamiento y la guerra* (Bs. As., 1972); *Lo que yo creo* (Madrid, 1973); *Historia y Destino* (Madrid, 1979); *El absurdo y el misterio* (Madrid, 1990); *Silencio sobre lo esencial* (Madrid, 1991); *Lo impuro* (Madrid, 1992); *Mi testamento filosófico* (Bs. As., 1999).

después de tres lustros, no sólo mantiene la fuerza argumental de sus predicciones sino que las hace aun más probables. A la vez, pensamos que éste es el mejor homenaje que podemos tributar a un pensador: meditar desde nuestra situación histórica algunas de las esperanzas más humanas y universales que rezuma su espíritu, a través de su obra.

Esta exposición de Jean Guilton tiene una directa correspondencia material y formal con el conjunto de trabajos incluidos en su obra *El Pensamiento y la Guerra*, publicada dos años antes², en la cual el pensador francés reúne sintéticamente gran parte de sus enseñanzas impartidas en la Escuela de Guerra, desde 1952 hasta fines de la década del 60. Esta correspondencia es particularmente manifiesta en el caso del último capítulo del libro, cuyo tema, **la disuasión**, constituye una lúcida reflexión de intencionalidad prospectiva en torno a las concepciones probabilistas de la estrategia.

En el prólogo del citado libro, el autor explica el leitmotiv de los pensamientos allí recopilados: "El arte de la guerra consiste en evitar la guerra, actuando sobre la psiquis por la psiquis, el miedo, la parálisis y la disuasión"³. Este mismo sentido general inspira a la presente conferencia. No obstante, creemos que sería un lastimoso cercenamiento de su reflexión sobre el tema de la guerra si no advirtiéramos que se trata, fundamentalmente, de una dramática meditación acerca de la extrema experiencia de la libertad del hombre que, hoy, más que en otro momento de la Historia, tiene ante sí la responsabilidad de la especie. Esto justifica, en alguna medida, el calificativo de "metafísica" con que hemos determinado el título de este artículo.

* * *

Es posible que el lector descubra saltos argumentales en el discurso. Si así ocurriera deberá atribuirlo principalmente a dos razones: 1) la estructura dinámica de la exposición, que tiene -reiteramos- un carácter eminentemente meditativo y dialógico; y 2) el método de sistematización con que hemos tratado el texto, del cual nos hemos permitido excluir algunas observaciones adicionales que sólo nos parecieron pertinentes dentro del marco situacional en que la conferencia tuvo lugar. Por lo demás, su omisión no afecta en modo alguno el núcleo de la propuesta reflexiva. De cualquier manera, hemos intentado salvar esta dificultad ordenando el material de que disponíamos mediante subtítulos temáticos, anotaciones aclaratorias o comentarios propios (indi-

² *La pensée et la guerre*, Desclée de Brouwer Edit., Bruxelles, 1969. Cf. Traducción Española: GUITTON, Jean, *El pensamiento y la guerra*, Instituto de Publicaciones Navales del Centro Naval, Buenos Aires, 1972.

³ Op. cit., p. 23 (edición española).

cados entre corchetes en el cuerpo del artículo o en notas al pie de página) con el propósito de que su lectura pueda servir de base para una profundización ulterior de las cuestiones aquí sugeridas, las cuales -creemos- exceden el interés específicamente profesional.

2. El enfoque de la exposición

Esta conferencia es una invitación [que hizo a J. Guilton el Director de la Escuela de Guerra de Francia, con jerarquía de General, tres meses antes] a plantearme preguntas no habituales, a intentar definir la relación de mi pensamiento con el momento presente de la historia. De manera que podría decir de esta conversación con ustedes lo que decía Corot⁴ de una de sus telas: "Hice este cuadro en cinco minutos... y durante toda mi vida". Yo diría: "Preparé esta exposición en unas horas, las necesarias para reunir los temas dispersos en mis obras... y durante toda mi existencia". [Por eso,] pensé que era conveniente evitar los temibles lugares comunes, las "clases magistrales" y esforzarme por descender al fondo de mí mismo (cotéjese esta aserción con nuestras afirmaciones indicadas en la introducción, respecto de la correspondencia que guarda este trabajo con los materiales reunidos en *El Pensamiento y la Guerra*).

3. La política, fuente de inspiración

Es irrefutable que el pensamiento filosófico y la política (en su acepción noble) guardan relación. [Este fragmento está estrechamente conectado con las ideas que el autor desarrolló, más ampliamente, en el cap. III: "El pensamiento de Hegel y la conducción de la guerra", especialmente pp. 76 y ss., de la obra antes citada]. No sólo en el sentido de que toda filosofía contiene virtualmente una política (se ve, por ejemplo, en la relación de Hegel con Marx), sino también porque, de un modo más embozado, los pensamientos filosóficos frecuentemente tienen su fuente en una reflexión sobre la política y, generalmente, la política realizada en un país extranjero. Platón **piensa** Esparta y Persia; Aristóteles, Macedonia y Alejandro; San Agustín, el Imperio Romano; Kant, Rousseau y la Revolución Francesa; Hegel, Napoleón y el Imperio. Y si esta "reflexión" continúa produciéndose, es posible que muchos jóvenes filósofos de este tiempo **piensen** (sin tener una clara conciencia de ello) más allá de la revolución marxista, la llamada revolución "cultural", la revolución china. [Suponemos que tiene presente aquí los acontecimientos producidos por entonces en China Popular, con mayor

⁴ Creemos que la referencia a Camille Corot (1796-1875), famosa paisajista francesa, tiene en Guilton una resonancia más profunda que la simple mención "erudita", porque él mismo ha sido reconocido por sus creaciones plásticas.

precisión el 20 de abril de 1967, cuando se crea el Comité Revolucionario de Pekín que da comienzo a la Revolución Cultural. Un fenómeno más cercano a Guitton son los sucesos de 1968 en Francia. Por otra parte, esta “reflexión”, de la que nos habla, se ha venido realizando efectivamente con los llamados “nuevos filósofos franceses” e, inclusive, con el importante replanteo crítico de los pensadores reunidos originalmente en la Escuela de Frankfurt, para mencionar sólo algunas líneas de pensamiento europeas que buscan una respuesta al desgaste de los paralizantes esquemas ideológicos y a los desafíos del mundo actual. Entre nosotros existen, también, promisorios pensadores, en plena tarea, decididos a rescatar el carácter dialógico e interrogativo del filosofar, sin otro compromiso que el crecimiento en la libertad y la **disposición** a la verdad].

Si me psicoanalizara, tendería a creer, sin duda, que mi “filosofía” ha sido inspirada secretamente por una reflexión sobre el “tiempo de la Iglesia”; pues la Iglesia (si entendemos por tal la sociedad religiosa que se ha desarrollado desde Abraham) es en verdad una ciudad, una ciudad dinámica. [En el marco de la teología paulina podría interpretarse el “tiempo de la Iglesia” como la tercera etapa de la revelación del Misterio, de la que el “tiempo de Israel” o el Antiguo Testamento representa la etapa inicial, seguida de una segunda fase central que sería el “tiempo de Cristo”]. Por otra parte, debo decir que, gracias al llamado de los generales que han conducido la Escuela de Guerra, he buscado aquí desde hace veinte años [desde 1952, según ya señalamos en la introducción, la relación entre el pensamiento y la “estrategia” (lo que me permitió escribir *El Pensamiento y la Guerra*). Sin embargo, pocas veces he tenido como en ocasión de esta conferencia] la oportunidad de buscar su relación con la “política”, con el dinamismo de la historia.

4. La elección de un método de exposición del propio pensamiento

¿Por dónde comenzar? ¿Qué camino seguir? El más simple va a ser exponer mi “intuición” generadora y luego aplicarla al “problema” planteado por el futuro de nuestra especie en la crisis presente, en la esperanza de que cada uno proceda del mismo modo y que de la reunión de los distintos puntos de vista puedan nacer un pensamiento y una conducta comunes.

Cada uno de nosotros, si quiere “conocerse a sí mismo” en profundidad, encuentra una “vocación”, una “idea” de su vida, una “manera de ver”, una perspectiva que le es propia. Cada uno posee su intuición irremplazable, inefable, en el dominio del pensamiento y del juicio. Este pensamiento preexistente a los pensamientos es comparable a un torbellino, que atrapa al azar granos de arena u oro en polvo, y les da una misma estructura. Un buen consejo para co-

nocer el pensamiento personal sobre cualquier tema es volverse sobre sí mismo, reconocer el propio torbellino, dejar que el polvo del azar tome su forma. Napoleón pretendía haber librado solamente una batalla en toda su vida [en el sentido de una intuición base, objetivada en cada una de las batallas militares, políticas y, podríamos añadir, existenciales].

5. Una hipótesis sobre el porvenir

Me he preguntado por el misterio del devenir, del “desarrollo” histórico. He reflexionado sobre el tiempo, sus tres dimensiones, su flujo, su permanencia. “La profundidad del espacio es una imagen de la profundidad del tiempo”, decía Baudelaire, y es verdad que el futuro, esa dimensión **profunda** del tiempo, actúa sobre el presente y el pasado⁵. Marchamos con avances y retrocesos hacia ese momento futuro en que el tiempo cesará y en que la historia se convertirá en un cuadro.

Aquello que nos atrae es el porvenir, esa alma del presente. Pero como este *por-venir* no es aún historia, toda la historia tanto la individual como la universal, se parece a una sinfonía inconclusa y las últimas notas le darán su sentido. Por esta razón no podemos ni debemos dejar de reflexionar sobre el futuro, ni meditar el futuro⁶. Sobre todo en nuestra época, ya que el pensamiento político del presente depende de la visión prospectiva de ese futuro cercano. En consecuencia, haré en primer término una hipótesis sobre el porvenir. Para expresar esta hipótesis de una manera concreta, auténtica y fundada en el trabajo de los más altos espíritus de esta época, voy a utilizar el método que el General Buis les ha dicho que era el mío en un libro titulado: *Profils Paraleles* [Perfiles Paralelos].

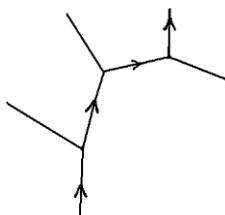
a. Dos puntos de vista convergentes: H. Bergson y T. de Chardin

Debido a que tenemos dos ojos podemos ver en relieve un objeto cualquiera. Del mismo modo, mi método fue dirigir dos miradas de metafísicos sobre los graves problemas filosóficos para intentar ver en su intersección el

⁵ DEL, H. Daniel. “En torno a la fundamentación de una disciplina llamada **Prospectiva**”, en *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, año LXIV, N° 478, mayo-julio de 1986; en el que se hace un desarrollo de esta cuestión, en relación con la problemática que suscita el enfoque de la Prospectiva.

⁶ Es interesante vincular este pasaje con una similar reflexión que nos propone Martín Heidegger en el discurso conmemorativo que pronunció en 1955 sobre el compositor alemán Conradin Kreutzer (1780-1819), a propósito de la diferencia entre el “pensamiento calculador” y el “pensamiento meditativo”, en *Gelassenheit* (Serenidad), Günther Neske, Pfullingen, 1959.

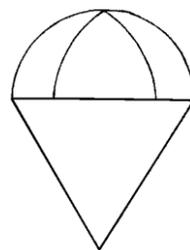
misterio. Así comenzaré mi exposición recordando a dos “pensadores paralelos” sobre el problema que nos ocupa, es decir, el de la historia presente y el futuro. Uno de ellos ha sido para mí, maestro venerado (H. Bergson)⁷; el otro (T. de Chardin)⁸, un amigo. Ambos están muy vivos en mi memoria. Para Bergson la evolución, esto es, toda la historia de la vida y del pensamiento, podría traducirse en el siguiente esquema:



Un impulso vital ha sido lanzado a través de la “materia”; sin embargo, en la mayoría de los casos, la evolución ha culminado en fracasos. Como en una gran explosión, a los ascensos seguían las caídas. El principio de la evolución es subir en espiral, ser una “Evolución creadora”. El mundo vegetal, animal, de los antropoides, el mundo del hombre puramente social, “estático”, son

caídas en esa evolución. No obstante, este ascenso, esta sublimación se continúa sobre una sola línea, un solo eje. En la humanidad, siempre sometida a la entropía de la cantidad, hay una “cabeza buscadora” cualitativamente superior. Según Bergson, el “impulso vital” se manifiesta en la humanidad planetaria en los espirituales, los “místicos”, el más importante de los cuales fue Jesús. De modo que, a pesar de tantas pausas, el devenir no ha resultado un fracaso, pues, por un “pequeño resto”, la evolución ha tomado un sentido favorable: está teleguiada por el Espíritu.

Pasemos ahora a Teilhard de Chardin. (...) Recuerdo un día en que me había hecho este esquema en un pedazo de papel (...) tenía la forma de un paracaídas abierto:



Teilhard decía que al considerar la evolución de las especies y de las sociedades humanas, notaba que durante las primeras fases, que habían sido muy largas, la evolución presentaba forma de haz, como decía Bergson. Pero a partir de un cierto momento, que para Teilhard era el siglo XIX d.C., la evolución había cambiado de dirección, de modo, y había sido reemplazada por una evolución en forma de

⁷ Existen traducciones al español de casi todas las obras de Henri Bergson y numerosa bibliografía sobre su pensamiento. Consultar, en particular para este punto, *La evolución creadora*. Cf. asimismo, del propio J. Guitton, *La vocación de Bergson*, 1960; y su participación en el número especial del *Bulletin Société Française de Philosophie*, LXXX, 2 vols.; que bajo el título “Bergson et nous”, está dedicado a este filósofo.

⁸ Sus obras más importantes están traducidas a nuestra lengua. Cf. la edición oficial del Comité “Teilhard de Chardin”, que publica Taurus edic., de España. Consultar, entre otras, *El fenómeno humano*, Taurus, Madrid; 1955.

paraguas. Ahora las líneas del impulso, en lugar de dispersarse, convergían y se concentraban en un punto final que Teilhard llamaba el “punto Omega”. [Esta expresión está estrechamente relacionada con la noción de “punto de convergencia” hacia el cual avanza toda la evolución esencialmente, la humanidad. Omega es al mismo tiempo “centro de atracción” de la evolución y “punto de concentración” último del psiquismo reflejado en la noósfera (envoltura energética que cubre la tierra, formado por toda la actividad espiritual de los hombres). La locución “punto Omega” tiene también en Teilhard de Chardin el sentido de culminación del fenómeno de personalización y amorización. Desde una perspectiva teológica Omega no es otro que Dios⁹].

A aquellos de entre ustedes que se interesen en teología les digo que muchos pensamientos filosóficos e incluso políticos trasuntan teologías. Se podría reconocer en Bergson la intuición de los profetas judíos; su concepción de un “pequeño resto” salvador correspondería en Teilhard al sistema de San Pablo, que anuncia el **pléroma**, la recapitulación de todo en el Cristo final. [En griego: **pléroma**, plenitud. Esta idea, en San Pablo, compleja en sí, porque responde a otras tradiciones, expresa fundamentalmente que la Iglesia, como cuerpo de Cristo, es una plenitud, su **pléroma**. En, Él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente¹⁰. La expresión puede interpretarse vinculada a la idea bíblica de que el Universo está “lleno”, **pleno** de la presencia creadora de Dios. En este sentido, Cristo no sólo es la cabeza del género humano objetivada en la Encarnación y coronada por la Resurrección, sino, también, de todo el universo creado. Éste parece ser el significado paulino que retoma y recrea Teilhard de Chardin. Leemos en **El Medio Divino**¹¹: “Mediante nuestra colaboración por Él suscitada, Cristo se consume, alcanza su plenitud, a partir de **toda** criatura. Es San Pablo quien nos lo dice. Tal vez nos imaginábamos que la Creación hace mucho que acabó. Es un error, porque continúa perfeccionándose (...) y nosotros servimos para terminar, incluso mediante el más humilde trabajo de nuestras manos. En definitiva, tal es el sentido y el valor de nuestros actos (...) **hagamos lo que hiciéremos**, llevamos a Dios una partícula del ser que Él desea. Con cada una de nuestras **obras** trabajamos, atómica pero realmente, en la construcción del Pléroma, es decir, en llevar a Cristo un poco de acabamiento, perfeccionamiento”].

⁹ Cf. HUBDERT CUYPERS, *Vocabulaire Teilhard*, Editorial Columba (Carnets Teilhard, 1), Buenos Aires, 1968.

¹⁰ Cf. *Epístola a los Colosenses* 1,19 y 2,9 ss.

¹¹ Taurus edic., Madrid, 4ta. ed., 1965; pp. 48-49.

b. El drama de nuestra época

Les pido que recuerden estos dos esquemas, pues los volveremos a ver al final de este encuentro. Aquellos que hayan nacido alrededor del 1900 pueden decir que han visto cambiar la dirección del tiempo histórico, lo siento vivamente. Entre este primer esquema (de 1910), anterior a la primera Guerra Mundial, y el esquema de Teilhard, concebido después de la batalla de Verdún, en la que había tomado parte, hay una importante diferencia. La dirección del tiempo ha cambiado, de un tiempo de tipo **explosivo**, hemos pasado a un tiempo **implosivo**, es decir que va hacia su fin, que se recapitula. La distinción entre estos dos tiempos, el de **explosión** (bergsoniano) y el de **implosión** (teilhardiano) llega al fondo del drama de nuestra época. Presiento que vamos hacia un umbral, hacia una recapitulación, que hemos entrado en un tiempo de convergencia y aceleración; estamos siendo atraídos por algo que aún no es. Esto explica, según mi parecer la incertidumbre, la inquietud y el drama de la juventud. [En *El pensamiento...*, p. 136, después de analizar la revuelta de mayo de 1968 en Francia, establece analogías entre este movimiento y el fenómeno atómico y la disuasión. Respecto de esta última hace la reflexión siguiente que conviene meditar: “ ... la disuasión tiene el benéfico efecto de evitar los dramas reemplazándolos por psicodramas, pero, por desgracia, dejando subsistir siempre la seria posibilidad de caer del psicodrama en el drama”].

El primer punto que debemos tener en cuenta es la acumulación (o convergencia). Al examinar las líneas independientes de la evolución (información, población, guerra, ideas y costumbres, e incluso bellas artes), notamos que convergen hacia un punto más allá del cual no podrán seguir. Cuando la guerra, la escuela, el amor, la ciencia, la religión, la política, el arte, la población, la contaminación han pasado un cierto punto límite (un “acmé”, dirían los griegos), enajenan su sentido y, paradójicamente, van contra aquello que era su esencia, su fin, su razón de ser¹². Al prolongar estas líneas convergentes se puede determinar el momento en el cual la progresión ya no será posible; el punto de explosión más allá del cual ya no habrá más allá. Muchos especialistas lo sitúan entre el año 2030 y 2100, y lo hacen independientemente unos de otros.

En segundo término reflexionemos sobre la aceleración de este proceso de convergencia. [También] en épocas prehistóricas e históricas actúa una ley

¹² Es interesante ver en relación con este “punto límite” el enfoque que hace Gregorio de Nyssa, siglo IV, sobre la experiencia de la nada y del mal, en Dei, H. Daniel. “En torno al problema de la libertad y el mal según el tratado ‘Acerca de la creación del hombre’ de Gregorio de Nyssa”, *Revista de la Universidad de Morón*, N° 13, 1986

de aceleración exponencial. [...] Las transformaciones esenciales de la evolución reclamaron decenas de millones de años, la evolución del hombre sólo ha requerido un millón de años. Las transformaciones sociales, que antes exigieron varios siglos, hoy pueden cumplirse en diez años, como ocurre con las computadoras. Lo que requería diez millones de años, sólo ha necesitado mil; lo que requería diez siglos, sólo ha necesitado diez años; lo que requería diez años sólo ha necesitado un año.

[...] La existencia se acorta, la historia se precipita. Vamos a una velocidad acelerada, hacia un punto de convergencia que aún no hemos alcanzado, pero alcanzaremos. [Retengamos aquí la afirmación que J. Guilton hace en op. cit., p. 137, a propósito de la dirección del cambio: "El futuro humano nos es desconocido. Pero teniendo en cuenta una cantidad de signos convergentes, parecería que la humanidad actual fuera a grandes pasos hacia una **impasse**, en la cual sólo habrá dos soluciones posibles: la muerte, o el advenimiento de un estado superior, luego de haber atravesado un umbral." Es importante que el lector no se confunda con el término "*impasse*", no traducido en la edición española que utilizamos. Es habitual que se lo entienda equívocamente en el sentido nebuloso de un "cierto estado de transición" o "pausa", cuando en el fragmento citado y en el empleo que hace J. Guilton, más adelante en esta conferencia se corresponde mejor con el significado de la locución francesa **cul-de-sac**, "callejón sin salida", o, mejor, **situación límite**, que importa un salto cualitativo y sustancial en el ejercicio de la libertad. De ahí que el autor reclama en este contexto una reflexión metafísica, esto es, una reflexión que no silencie los problemas últimos y que obliga a una consideración metaestratégica].

En tercer lugar, y siempre en relación con el esquema teilahrdiano, señalemos que hasta ahora el saber iba del pasado al presente¹³. El espíritu se ubica en un punto final y a partir de allí, por un "choque con el futuro", aclara el presente. Este, hace treinta años, sólo podía comprenderse por el pasado. En cambio, hoy, es esclarecido también por la sombra del porvenir. Si ustedes leen los filósofos contemporáneos, por ejemplo Heidegger, Sartre, Monod y Foucault, van a notar que se inclinan a la desesperación o al absurdo porque encaran el presente a la luz de la nada final¹⁴, de ahí las investigaciones puramente formales, la idea de la "muerte de Dios" o de la muerte del hombre.

¹³ Véase especialmente el artículo citado en nota 5, donde profundizamos este giro en la consideración del futuro como modo temporal.

¹⁴ Cf. DEL, H. Daniel. "El valor de la libertad", en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, Segunda Época, N° 11, mayo de 1986; pp. 30 y ss.

6. Nuestra responsabilidad generacional

En síntesis, de ahora en adelante, nuestras técnicas, actos, filosofías y políticas deben ser repensadas, es decir, recompuestas y reestructuradas en función de ese punto final que todavía no alcanzamos, pero hacia el que vamos, llevados por una mezcla de azar y necesidad, umbral que pronto habrá que pasar. En otros términos, creo que la humanidad no podrá continuar en la misma dirección. Tendrá que franquear un **muro**. Éste me parece el problema más urgente, el que debe movilizar nuestros esfuerzos. Tenemos una carga que ninguna generación ha llevado, hacer que la humanidad pase un umbral.

Hasta ahora no había límite para el hombre tomado colectivamente, sólo existía para el individuo y era el fenómeno llamado “muerte”. Pero todos teníamos la idea de que si el hombre individual moría, el hombre colectivo (la especie) no lo hacía, sino que incluso progresaba. Tal era también la idea de Hegel y de Marx. De ahora en adelante, desde la edad atómica, desde el oscuro sentimiento de la convergencia fatal de las líneas de evolución hacia el “punto omega”, tenemos la idea de que el hombre colectivo tiene el mismo destino que el hombre individual, que el destino individual y colectivo se confunden, que las civilizaciones son mortales, y la humanidad podría no existir más. Esto da a nuestra época un carácter muy exaltado y grave [Amplíase la reflexión del diagnóstico de J. Guitton con el siguiente pasaje de la op. cit., pág. 142: “En adelante es importante saber si la humanidad puede pensar en suicidarse; ya tiene los medios para hacerlo. Albert Camus decía que el problema del suicidio es en definitiva el único problema filosófico y moral que se plantea secretamente a cada conciencia (...) Este problema, transformado en colectivo, se instala en el corazón de la **Metaestrategia**, ésa de la que no se habla pero en la cual los estrategas (profundos) no pueden dejar de pensar”. Cf. el discurso sartriano de 1948 en **El existencialismo es un humanismo**¹⁵: “... Cuando decimos que el hombre se elige, entendemos que cada uno de nosotros se elige, pero también queremos decir con esto que al elegirse elige a todos los hombres (...) Así, nuestra responsabilidad es mucho mayor que lo que podríamos suponer, porque compromete a la humanidad entera (...) Soy responsable para mi mismo y para todos, y creo cierta imagen del hombre que yo elijo; eligiéndome elijo al hombre...”¹⁶].

¹⁵ Ed. Sur, Buenos Aires, 3a ed., 1960; pp. 17-18

¹⁶ Ver también el sentido de la reflexión que en torno a la Ciencia y su futuro se hace en DEI, H. Daniel: “Notas acerca del lugar del hombre en las ciencias”, *Revista de la Universidad de Morón*, N° 11, 1984; p. 86: “...la próxima revolución científica **debe** ser el fruto del coraje de vivir y amar del hombre, enfrentando el desafío de constituir un

Si me hubiera sido posible elegir una fecha de nacimiento, habría preferido nacer hacia 1950; pues habría tenido la posibilidad de observar el pasaje de un umbral, lo cual constituye la experiencia más curiosa para cualquier espíritu. Pero, ¿qué es un umbral?

Mi conversación girará de ahora en más sobre lo que Pascal habría llamado "el paso de un orden a otro". El fenómeno humano en el seno de la biosfera fue el de franquear un umbral por un azar teleguiado hasta que apareció entre los primates un animal que fabricaba útiles, que hablaba, que era capaz de progresar. [Para Teilhard de Chardin, según Claude Cuénot¹⁷ la biosfera es "fuente y soporte de la noosfera". En otras palabras, es el manto o la capa de "sustancia vitalizada que envuelve la tierra". Sin duda, como en todos los casos semejantes, se observa tal continuidad que el origen no se puede distinguir y se nota sólo lo que emerge. Pero esta continuidad de superficie revela una discontinuidad. El pensamiento aparece repentinamente y sin génesis: el animal puede procurarse todo menos la conciencia de ser animal, el pensamiento. **Esto es de otro orden.** El umbral fue franqueado, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo? Otro salto importante fue el del cristianismo. Antes de Cristo habrían existido profetas, una continuidad progresiva que iba hacia el universal. Después de Cristo, un umbral de amor fue superado.

Siempre que se estudian estos cambios se plantea el problema de lo continuo y lo discontinuo. La *Evolución creadora* de Bergson, *El Fenómeno Humano* de Teilhard, *El Azar y la Necesidad* de Monod son libros que podrían tener como subtítulos *Acerca de lo continuo y lo discontinuo*. En todos los casos se trata de mostrar cómo interviene una mutación que eleva el ser a un nivel superior, en el interior de una evolución continua¹⁸.

Una vez recordadas estas nociones esenciales, encararé el problema planteado a nuestra acción en el fin del segundo milenio: **cómo ayudar a la humanidad a pasar el tercer umbral**. El primero era el del pensamiento, el segundo el del amor. Queda un tercero, que marcará el paso de "sociedades cerradas", de hombres agrupados y opuestos, a una sociedad universal, a una humanidad.

saber científico al servicio de sí y de toda la humanidad; de lo contrario, acontecerá el **descentramiento de la vida** (que sucederá a los descentramientos cósmico, natural y de la conciencia) y a esa altura no habrá ya esperanza para el hombre (...) Es, pues, lógico prevenirnos de aquello que los griegos designaban con tanta precisión como **hybris**, los excesos de omnipotencia."

¹⁷ Teilhard de Chardin, Editions du Seuil, Paris.

¹⁸ Cf. los principios de "continuidad probable o de tendencia general de los acontecimientos" y de "contingencia y mutabilidad" desde la Prospectiva en el art. cit. de H. Dei, nota 5.

Pero este umbral, menos esencial que los otros, es más difícil de superar, pues la superación de este muro puede hacerse de diversas maneras. Hay una posibilidad imprevista, un riesgo: destruir la humanidad o reducirla a no ser más que un “inútil y perfecto hormiguero”, como decía P. Valéry. ¿Cómo abordar un problema tan vasto en tan poco tiempo? Ésta es mi preocupación. Me permito aquí aplicar el consejo de Emerson: “Para aclarar un dominio es necesario llegar a él desde más arriba”.

7. Cambio y permanencia. Una reflexión sobre la guerra

¿Qué es cambiar? Es imposible no cambiar, no se puede evitar la mutación. A mi edad uno se vuelve hacia sus recuerdos, atraviesa medio siglo en un instante de insomnio, y escucha cantar en la memoria este verso de Shelley: *“Nada puede durar sino la mutabilidad”*.

Pero en el interior de este cambio de mí mismo hay un ser que no ha cambiado, es ese “no sé qué” de inefable que se llama **yo**; ese “no sé qué” que ama y es amado, que ha madurado a causa del cambio. No puede haber cambio sin permanencia, o sea, algo invariante, algo esencial que no cambia. Si consideramos las grandes mutaciones de la humanidad, como la de la edad de piedra, o la de las religiones, veremos que por más profunda que sea una mutación, supone siempre una permanencia.

Ahora bien, la mutación que se prepara nos va a obligar a un trabajo nuevo, profundo, nuclear y arduo para salvar la esencia a través del accidente. Difícil problema, pues los jóvenes nos dicen: “Aquello que hasta ahora ustedes han considerado como esencia, exigencia, deber, naturaleza, es accidente. Por ejemplo. la monogamia, la patria, los juramentos, la fidelidad, el espacio [...], el tiempo, la causalidad... Todas categorías antiguas. Todo debe volver a pensarse, incluso Cristo, aunque pasados veinte siglos los cristianos no lo conozcan todavía. Es necesario **pensar**, es decir, ¿buscar lo que no varía? No se trata ya de **saber**, sino de **hacer**”. Todos ustedes han oído estas palabras que podrían resumirse así: **Aquello que hasta ahora el hombre consideraba como esencia era accidente**. ¡Ojalá surgiera un nuevo Sócrates para distinguir claramente lo que en realidad corresponde a la esencia! Pues hay que reconocer junto con la juventud contestataria que en el pasado hemos asimilado con frecuencia lo verdadero a aquello que era sólo su vehículo provisorio, su expresión cultural, bajo palabras tan ambiguas como “tradición”, “respeto a los antiguos”, rito, costumbre, “verdades primeras”, “buenas costumbres”, etc. [...] Es verdad entonces que tenemos que cumplir una tarea de purificación en la búsqueda de la verdadera esencia, tarea que jamás le ha resultado tan difícil a la frágil especie humana. [En este punto Guitton señala a

la audiencia que este tema, por sus derivaciones, exigiría otras sesiones similares de trabajo reflexivo, a continuación de lo cual retorna al asunto específico que era propósito de la exposición]. Pero, en esta Casa quiero elegir una investigación más urgente, brutal y a la vez más fácil: distinguir en la guerra actual aquello que corresponde a la esencia y al accidente [...].”

a. La amenaza de lo infinito de la nada

En verdad, desde Hiroshima y, sobre todo, desde la bomba H, el problema de la guerra se ha vuelto sumamente revelador para la especie pensante y vulnerable. Es tan luminoso que enceguece y todo parece contribuir a que no lo enfrentemos. En efecto, existe desde la bomba H una diferencia de naturaleza y no solamente de grado entre las guerras antiguas y una eventual guerra. Tenemos aquí un grande y privilegiado ejemplo de mutación. Se trata de un tránsito de lo parcial a lo total, de lo limitado a lo ilimitado, de lo finito a lo infinito. He releído para esta ocasión los *Pensamientos* de Pascal¹⁹, donde trata lo finito y lo infinito, la “apuesta”. Su idea es que la aparición de lo infinito “modifica por completo los problemas de pensamiento y de opción. En las decisiones habituales, en los juegos, en los enfrentamientos políticos o bélicos, se arriesga siempre una cantidad finita. Del mismo modo, se espera ganar algo finito. Pero todo cambia si introducimos en la apuesta una cantidad **infinita**. Si hay por un lado lo infinito por ganar (o perder) y lo finito sólo por arriesgar, entonces, es razonable arriesgar lo finito. Lo finito se aniquila en presencia de lo infinito y se apuesta a lo seguro.

Ahora bien, **la bomba H es el análogo de lo infinito en la nada** [en la contingencia]. Esta aparición del infinito aniquilador por el uso posible de un arma absoluta cambia en un todo la **esencia** de la guerra. En principio, debería convertirla en algo absurdo y contradictorio. La guerra ya no es un medio en vista de un fin, es un medio que destruye su fin. Por eso la bomba H, lejos de atemorizar, da la esperanza de una “paz perpetua”. Podría conducirnos a la estrategia del siglo XVIII, cuyo principio era evitar la batalla. De hecho, en los conflictos presentes, frena la guerra y le impide llegar a su paroxismo²⁰.

* * *

¹⁹ Una buena edición en nuestro idioma de esta obra es la realizada por Editorial Sudamericana, en dos tomos, con traducción y prólogo de Oscar Andrieu (Colección Obras Maestras, Fondo Nacional de las Artes), 1971.

²⁰ Véase el correspondiente desarrollo de esta temática en op. cit., passim, cap. IV: “La filosofía de la disuasión en la era nuclear”.

Pero esta abolición de la esencia de la guerra por su paroxismo no puede dar la seguridad de que la guerra atómica no existirá. En todo tiempo, el arte supremo en materia de guerra consistió en evitarla limitándose a amenazar. El terror antecedente debería bastar. Pero para que este terror actúe sin pruebas, debe parecer plausible, y para que parezca plausible, debe ser. Tal es la paradoja de todo terror. Por esta razón los terrores se hacen terribles y las guerras sobrevienen sin ser nunca propiamente queridas²¹.

[...] Es necesario que se juzgue a César capaz de franquear el Rubicón para que no tenga la obligación de hacerlo. La amenaza no puede ser una pura ficción. Sólo ganaría aquél que después de habituar a sus adversarios a falsas amenazas, las llevara de pronto a los hechos. Así, la amenaza más grave, más costosa, no es la de los duros sino la de los falsos blandos. Quiero mostrar esto claramente, pero en una reflexión sobre el accidente y la esencia. Entonces diré que el arma absoluta lejos de destruir la esencia de la guerra, conduce a ésta a su definición primera, ser un arte psíquico, un arte del temor y, para emplear el término antiguo y nuevo a la vez, una “disuasión”.

El guerrero prefiere “aterrorizar”, paralizar a vencer en un combate. Prefiere los esclavos a los muertos. Y la “victoria” es siempre un caso particular del “terror”. Por eso, el arma atómica no es nueva, sino que responde plenamente a la esencia del arma, que es producir un efecto psíquico, amenazar. Pero entonces la guerra atómica, más que las guerras convencionales, supone una psicología, una moral, una metafísica. Más que nunca, pues, el fenómeno de la guerra interesa al filósofo, al moralista.

b. Tres observaciones sobre la guerra actual

Quiero hacer aquí tres observaciones:

[i] La primera será reflexionar sobre la paradoja inherente a toda amenaza, pero llevada al colmo por el arma atómica. La paradoja atómica puede expresarse en este axioma: **para que la guerra absoluta no tenga lugar jamás, debe poder tener lugar en todo instante**. La bomba debe ser “utilizable” pero no utilizada. Hay que servirse de ella “en potencia”, pero no “en acto” [...] Jámás lo mejor y lo peor, el **sí** y el **no**, han estado entrelazados hasta tal punto. [...]

[ii] Como segundo problema notemos que todo lo que se lee sobre la guerra atómica supone el siguiente postulado: “El individuo puede suicidarse, pero la especie no lo hará jamás”. Esto es así porque el hombre, tomado colecti-

²¹ Cf. *ibidem*, especialmente pp. 116-117.

vamente no puede querer su infelicidad. Sin embargo, cuando el hombre está desesperado, arrastra a los demás en su muerte. Si Hitler hubiese tenido la bomba atómica, ¿creen ustedes que habría dudado en utilizarla? Ahora bien, ¿qué es la desesperación? es un estado moral, espiritual. Una vez más compruebo que la clave de la guerra y de la paz descansa más que nunca en la conciencia de algunos hombres, en su concepción del sentido de la vida y del valor.

[iii] En tercer lugar veamos algo más notable aún. Hasta el presente, el empeño de una guerra era infinito. Ni Hitler ni Stalin han tenido la esperanza de gobernar **solos** la tierra, lo cual es equivalente a un empeño infinito. Ser el señor de la tierra, de las aguas y de los aires, de la educación, las religiones y las ciencias; poder modelar una humanidad nueva sin oposición. Ese es el espejismo que ha conducido a los conquistadores y ha fundado los imperios, es un **temporal-eterno**²².

Hasta ahora los imperios sólo duraban un tiempo. El único que duró en Occidente y que intentó renacer, fue Roma. Creyó poder establecer una sola ciudad, una paz en el universo. Sin embargo, fuera del universo romano, subsistían los “bárbaros”, que Roma no podía suprimir. El imperio tenía fronteras, no era universal. No disponía de un arma absoluta.

Se me dirá sin duda que la lucha de los tres imperios (Rusia, EE.UU., China) y la bipolaridad de las alianzas excluyen un gobierno mundial. Sin embargo, no lo excluyen para siempre. La evolución de la humanidad planetaria va en sentido de un imperio único, de una sola colmena o de un solo hormiguero. Ya vendrá el tiempo en que no se luche por una dominación siempre comprometida, una paz armada, una relación entre una nación victoriosa y otras que subsistirían como naciones, sino por la dominación del planeta. El grupo que subsistiera (y que tendría en sus manos el arma absoluta, de ahora en adelante **verdaderamente** absoluta) tendría la esperanza de fundar un imperio universal para siempre. Y aunque esta esperanza infinita sólo sería una “posibilidad de ganar”, no sería desechable [apostar a ella]. Ya lo señalaba Pascal: Si puedo ganar la lotería apostando solamente una parte de mi fortuna, puedo arriesgar ese mínimo. Si pierdo, no pierdo nada. Si gano, gano el infinito.

* * *

Apliquemos este modo de razonar (que es el del buen sentido) al problema central y determinemos las condiciones que podrían empujar razonablemente a una nación a la gran aventura. Sería necesario que ese “infinito de

²² Cf. con el caso de las utopías, en DEI, H. D., art. cit., *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, pp. 8-11.

nada” que ella desencadenaría no se volviese en su contra, que pudiera subsistir después de la catástrofe y que dispusiera de una gran cantidad de existencias humanas y, aún más, de un pueblo listo -por su concepción de la realidad- a sacrificarlas. Agreguemos que un pequeño grupo, o quizá un solo hombre, tomaría la decisión. Y en esta conciencia solitaria el debate dependería de una opción **metafísica**, a pesar de los datos políticos y estratégicos.

c. La nueva figura de la guerra

En síntesis, la guerra atómica hace pasar la humanidad de lo finito a lo infinito. Ella sale del estado positivo para entrar en un nuevo estado metafísico, porque los problemas fundamentales de la política y de la guerra se convierten en problemas espirituales, problemas de **finés**. ¿Por qué soy? ¿Cuál es el valor de la vida? ¿Cuál es el fin de la humanidad?

En lo concerniente a la guerra, la crisis actual, lejos de cambiar la esencia de la amenaza y el temor, permite captar el **fenómeno de la guerra** en lo más profundo y aún no expresado, aunque la guerra haya cambiado de naturaleza; permite también penetrar en la zona donde el acto de “estar a punto de morir” es metaestratégico. Se podría decir que hasta ahora la guerra plantea sobre todo problemas de moral, de ahora en adelante plantea también un problema metafísico. [Medítese este descarnado pasaje con los párrafos finales de *El Pensamiento...*, pág. 142, a la luz de la todavía incipiente manifestación del “infinito de la nada” de las conciencias que es el terrorismo: “A partir de este momento la metafísica y la moral ya no quedan relegadas a las conciencias privadas. No dependen más de las religiones. Salen del secreto de las conciencias y los oratorios. Se inscriben en la experiencia, en la política, en los problemas internacionales, en los cálculos estratégicos. El absoluto ha descendido a la Tierra por el camino del terror. La fe va a ser reemplazada por una evidencia. Lo razonable es exigible bajo pena de muerte. **Peligro de muerte**. Estas palabras están escritas (de modo invisible) en todas partes”].

* * *

[...] ¿Qué podemos concluir a partir de este examen? Ante todo, que avanzamos hacia un polo de transformación, que por primera vez en la humanidad el problema político se hace metapolítico; el problema, metaestratégico [...] No sé si mañana la humanidad tendrá el coraje de reformarse, pero es seguro que pronto tendrá que hacer una elección. Ésta será entre la “subversión” y la “conversión”. Puede ocurrir que nuestra humanidad se automatice, se colectivice, se desacralice, se convierta en el análogo de una especie animal, de un hormiguero pensante. [Creemos que la expresión “subvertir” debe interpretarse

como el proceso mediante el cual se invierte el orden natural de las cosas; en el contexto del discurso de Guilton se trata de una determinación entre la pérdida de la esencia (por enajenación, huida u olvido del pensar, uniformación de las conciencias, vaciamiento de la libertad, etc.) y lo que él llama “conversión”, que sería la asunción responsable del salto cualitativo o del umbral de personalización del sentido de la existencia].

[...] Nos corresponde saber si vamos a continuar en el mismo sentido (avaro, ávido, ciego), o si, cambiando de dirección, convirtiéndonos, avanzaremos. Bergson [al respecto] repetía que se iría hacia un desastre si no se buscaba un “alma” proporcionada [...] al cuerpo de la humanidad, que se agranda, complica y unifica. ¿Quién no le daría la razón a fines del segundo milenio?

8. La alternativa del hombre: hacer una elección por la vida

En la época actual [...] o bien terminaremos en el hormiguero o bien la humanidad se superará. Estamos y estaremos por largo tiempo en el horizonte de esta elección [...].

Leía en Giordano Bruno que para conducir el carro de la humanidad hacia el sol, eran necesarios dos jinetes: el esfuerzo y el amor. Lo que todavía nos falta son los seres capaces de unir estos dos jinetes. Vemos que abundan los que calculan, los técnicos, los tecnócratas, los planificadores, los especialistas en la maquinaria y el esfuerzo. A menudo estos técnicos no tienen el movimiento del amor, que sería el único que podría mover montañas. E inversamente, encontramos los “hippies”, los revolucionarios, los sacerdotes [deseosos de nuevas] formas de lo sagrado porque sienten el amor afectado [...] En síntesis, los que representan el esfuerzo o el cálculo carecen de entusiasmo, los que tienen amor no tienen suficiente sabiduría. Nuestro deseo es que se constituyan poco a poco agrupamientos políticos y místicos que organicen el esfuerzo, pero estén abiertos al amor. Creo que la humanidad podrá franquear felizmente el umbral fatal por medio de estas formaciones multiplicadas en nuestra especie.

Me sorprende comprobar que en el Extremo Oriente, Mao hable el lenguaje de los místicos: predica la pobreza, la castidad, el trabajo, la disciplina, dispone de un monasterio de ochocientos millones de hombres pobres, ardientes y que se sienten desposeídos. Su bomba H no será lo más temible para Occidente, poseedor y desfalleciente; lo temible es la fuerza fanática de un pueblo habituado a la privación que siente que le ha llegado la hora de aparecer en la escena del mundo.

Occidente, que ha recibido el fermento judío y cristiano le ha sido tan infiel, al punto de no aplicar siquiera en las iglesias los preceptos del Sermón de la Montaña, busca el oro, la producción creciente, el consumo, el bienestar material y el “pequeño burgués” para todos, es decir, los logros que otorgan prestigio. Ahora bien, el impulso espiritual no va hacia ese tipo de éxito, ése no es el futuro de la especie racional. Bergson lo vio con precisión. Nos decía que si estos progresos técnicos no van acompañados de un empuje místico, un retorno a la vida simple, a eso que los antiguos llamaban sabiduría, la temperancia, la justicia la confianza en el espíritu, el sentido del misterio, en suma, todo lo aportado por las grandes religiones y, sobre todo, por el cristianismo, entonces los avances de la “mecánica” aplastarán a los hombres divididos en dos.

Ni predicando el consumo y subordinándolo a la producción por una extraña inversión de factores, ni dejando a la juventud frente a la nada, desamparada, por falta de guías espirituales, ayudaremos a la frágil especie a franquear el gran umbral inminente. Es otro el camino que habrá que asumir [...]. El poder, la religión del “azar y de la necesidad” no nos hace falta en el fin del segundo milenio. Necesitamos la privación y la convicción que habrá que predicar a los hombres [...]. Ellos son la contraprueba purificatoria a la que es menester adaptarse. Recuerdo las revoluciones que han arrastrado a algunos pueblos y que aquéllos que tienen mi edad han conocido. Veo a Lenín, Hitler, Mao. Ellos han encendido un fuego que no es el verdadero, capaz de salvar; no es un fuego de amor, sino que puede ser un fuego de infierno. Sin embargo, es un fuego. De ahora en más tenemos la imperiosa necesidad de ser capaces de encender un fuego [de amor] sobre la tierra.

He querido tomar aquí las cosas desde muy alto y desde muy lejos. “Hay que habitar el presente viniendo del futuro”. Leibniz tenía esta máxima: *Quaerere summum*. Buscar el punto focal, central e irradiar [a partir de él]. Pues la cima es sintética y mueve al resto. Las partes sólo existen en y por el todo. El tiempo presente es sólo una parcela de una sinfonía que hay que presentir como acabada, ya que sólo el fin explica el origen.

Solamente existe la historia total, la cumplida. El futuro nos atrae (hacia sí); tenemos que captar la convergencia de los ejes de duración, esta convergencia es la verdad del mañana, el anuncio cierto, la verdadera profecía.

[...] La humanidad se aproxima a un punto ambiguo, de degradación o de nueva partida. El tiempo, después de haber “explotado”, efectúa una “implosión”. Pero la especie pensante, que es el cumplimiento del progreso de las especies hacia el espíritu sobre el eje de la evolución, ha resuelto siempre hasta aquí sus mutaciones por la energía espiritual de un “pequeño resto” de

hombres desinteresados, audaces y sacrificados: los profetas, los héroes, los santos. Al comienzo yo decía que estamos en un tiempo de recapitulación. La película se desarrolla al revés. Pero este desarrollo invertido no es una degradación de la energía, un crecimiento de la entropía, como podría haberse pensado hace cincuenta años; al contrario, es un tiempo de crecimiento, de surgimiento. Si el hombre individual envejece (a pesar de la esperanza de diez años suplementarios), la humanidad podrá conocer al menos una fase de rejuvenecimiento (desde el punto de vista social, técnico, escolar, eclesial). Es decir, una etapa de segunda adolescencia, con los riesgos que ésta acarrea y que hacen a su trágica grandeza.

Enumeremos algunas posibilidades ayer imprevisibles, pero desde ahora irreversiblemente en nuestras manos. Nuestros instrumentos de prospección se multiplican, se mecanizan, se afinan. El "barrido" de las probabilidades que sobrepasaba el poder normal de una información a escala humana, que obligaba a los responsables a una apuesta en la noche [es menos limitado].

La enumeración completa de las combinaciones soñada por Descartes, Pascal o Leibniz va a hacerse real gracias a las máquinas que contabilizan la experiencia, que exploran todas las posibilidades, rechazando por un **feedback** automático las que son sin salida favorable. A partir de este momento el futuro inmediato es menos oscuro que nunca. Se tratará más de calcular [en el sentido de apostar en la previsión] que de esperar o temer.

Y la memoria, desde ahora codificada, no se registrará en un cerebro caprichoso y con lagunas, sino en la computadora. Se puede decir que la relación de la "materia" con la "memoria" se invertirá, porque la parte automática de la memoria será confiada a la materia. ¡Qué crecimiento de la libertad! Considero también los progresos de la interconexión, de la unificación. El planeta va a parecerse a un organismo en el que todo repercute sobre todo. Las palabras coexistencia, comunidad, corresponsabilidad (que antes señalaban una esperanza, un proyecto) van a tener un sentido real "para lo mejor y para lo peor", a causa de la soberanía del libre albedrío, de la ambigüedad de las apariencias, de la dificultad de las opciones. Pero jamás la especie pensante habrá sido más capaz de destruirse o de unirse. Esperemos que se una, como ya lo ha hecho figuradamente por la comunicación óptica, por la información universal e inmediata, por la posibilidad de una supresión de los conflictos, por la esperanza de la cicatrización rápida de las heridas. Nunca como ahora han tenido tanto alcance las iniciativas de los grandes, ni ha sido más experimentada la conciencia de los peligros, los errores y su gravedad. Nunca

ha estado más agudizada la experiencia de las perversiones y las inversiones. Nunca ha sido más angustiante el miedo a las catástrofes.

Éstos son rasgos de juventud creciente y no signos de muerte termodinámica o envejecimiento. La humanidad está en un estado de adolescencia; se asemeja a una parábola que adquiere valores cada vez más fuertes a medida que se acerca a su límite. Ya he dicho que consideramos a la “evolución” una sinfonía inconclusa. Aquello que nos interesa en la evolución es el Omega, esto es, el cumplimiento; nos acercamos a un cumplimiento.

* * *

Supongamos una película que se desarrollara al revés y que representara una fogata en la que se quemase madera. Primero veríamos cenizas, de vez en cuando una chispa, luego humo, después se formarían trozos de madera por agregación de cenizas y aparecería el rojo de las brasas. Finalmente, surgirían las llamas. Allí la película entraría en una nueva fase: un tiempo acelerado que va hacia un surgimiento último sucedería al tiempo monótono de los días. Tal es la imagen del tiempo que vivimos: vamos hacia un umbral, hacia una elección entre la nada y el todo, entre la nada y el ser. Las visiones pesimistas no son las únicas. Nadie sabe cómo ocurrirá esto y la esperanza hace que sea un deber para nosotros creer. En una historia, nadie puede saber cuál será el último acto, la última hora, puede ser el éxito menos previsible, el más improbable, el más **neguentrópico**. [Los fenómenos **syntrópicos**, mejor que **no-entrópicos** o, como se emplea en el texto, son aquellos reconocidos como antidisipativos o improbables, por oposición a los fenómenos entrópicos de la Termodinámica].

Es una ley del ser y de la vida que cuando el tiempo se concentra y los fracasos bloquean el progreso, la especie -sea biológica o pensante- ante el peligro de perecer pasa un umbral, asciende, se sublima. Suscita un modo inédito de adaptación en el nivel más alto. El primer modelo de esto es el pensamiento, cuando apareció en la animalidad, reducida por sus “alas de gigante” a no poder avanzar más. Entonces, se muestra la muerte o la sobrevida, una destrucción o una salida [...].

Introducción y traducción::

H. Daniel Dei, Universidad de Morón

Silvia D. Maeso, Universidad de Buenos Aires